

Muerte y vitalidad de las lenguas indígenas y las presiones sobre sus hablantes. Coordinado por Roland Terborg y Laura García Landa. México: Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011. 288 págs.

Carolyn O'Meara

SEMINARIO DE LENGUAS INDÍGENAS, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Los trabajos presentados en este libro son resultado de un proyecto colectivo de investigación. Están enfocados en la ecología lingüística y siguen el modelo de *la ecología de presiones* generado por los mismos coordinadores del volumen (Terborg, 2006; Terborg & García Landa, 2006). En él aplican el modelo a algunas lenguas indígenas de México. En particular, los datos fueron recolectados por medio de cuestionarios orales y están enfocados en el conocimiento y el uso del español y de la lengua indígena en la comunidad de estudio.

En la introducción, García Landa y Terborg proveen un marco general del trabajo en cuestión, ofrecen un resumen de los contenidos de los capítulos y discuten brevemente el fenómeno del desplazamiento lingüístico y las presiones que llevan al desplazamiento de una lengua.

En el primer capítulo, Terborg y García Landa presentan con más detalle su modelo, *la ecología de presiones*, que trata de las presiones que causan el desplazamiento (por una lengua mayoritaria) o el mantenimiento de lenguas indígenas (o lenguas minoritarias).

Una presión —como la entienden los autores— “es la que un individuo o un grupo siente para actuar de una manera determinada o, en su caso, para evitar algún acto. Se considera la acción humana siempre como el producto de alguna presión. Así, toda acción humana se origina a partir de alguna presión” (p. 36). Explican también cómo se aplica este modelo. Un elemento importante de este es el *poder*, por ejemplo, las relaciones de poder entre los hablantes de la lengua minoritaria y los hablantes de la lengua mayoritaria. Según su modelo, las relaciones de poder, así como otro tipo de relaciones y factores, alimentan las presiones e influyen sobre el papel de la lengua para definir su desplazamiento o mantenimiento.

Al final de este capítulo presentan una clasificación de las cinco presiones que identifican y que pueden aplicarse en favor de la lengua indígena o en favor

del español (la lengua mayoritaria). Enlistan las siguientes: 1) máxima facilidad compartida, 2) necesidades, 3) ideologías, 4) valores y 5) creencias. A pesar de esta diversidad de presiones, concluyen señalando que en los siguientes capítulos solamente usarán la presión causada por la *máxima facilidad compartida* para realizar los análisis (p. 57). Esta corresponde a una noción compleja que refiere a la elección de una lengua por los interlocutores según el grado de atención mayor o menor que requieren para usar una u otra. En este mismo capítulo (p. 51), los autores lo explican de la siguiente manera:

Si hay diferentes opciones entre varios sistemas, la conversación llega a un equilibrio del sistema o de los sistemas (mezcla de lenguas) que menor atención requieren entre los interactores presentes, esto es, que se seleccionan el o los sistemas que están más automatizados entre ellos. De esta manera, con el uso frecuente de una lengua, los miembros de una red social llegan a una facilidad que les permite, en determinada situación, enfocar la atención hacia pocos niveles de información. Cuando esta facilidad es compartida, dos interactores pueden enfocar su atención hacia un mínimo de niveles de información. La facilidad compartida está basada en la historia común de dos o más individuos en determinada situación para un propósito específico y puede llegar a un máximo en un extremo y desaparecer en el otro. Así, para acercarse al extremo de la máxima facilidad compartida son necesarias las historias comunes de los participantes.

En el segundo capítulo, “La vitalidad de la lengua mixe de San Juan Bosco Chuxnaban”, vemos la primera aplicación del modelo, realizada por Isela Trujillo Tamez y su trabajo con el mixe de esa localidad. Este estudio representa a una de las comunidades rurales de la muestra de datos que presentan los autores de este volumen. La autora recolectó datos de 100 hablantes usando un cuestionario oral enfocado en el conocimiento del español, el uso de la lengua con miembros de la familia, el papel que juega la mujer en la transmisión de la lengua y la exploración de cómo se usa la lengua en varios dominios. Trujillo observa “una vitalidad importante” del mixe en esta comunidad de hablantes, según los datos de su muestra. También nota que el bilingüismo se ve más en hombres que en mujeres y solamente se puede observar monolingüismo mixe en personas de mayor edad, mientras que el bilingüismo receptivo está presente en todos los demás grupos étnicos. En términos del modelo de la ecología de presiones se puede observar que las presiones a favor del mantenimiento de mixe se encuentran en el dominio

de la familia y de la asamblea comunitaria, mientras las dirigidas hacia el desplazamiento de esa lengua se hallan en los dominios de la iglesia y la escuela. También es posible observar presiones hacia el desplazamiento en familias que tienen alguno de sus miembros involucrado en trabajos fuera de la comunidad o cuyos negocios dependen de personas externas a la comunidad. En estos casos se ven tendencias que favorecen el uso y la enseñanza del español, lo cual constituye otra presión en favor del desplazamiento de la lengua.

El capítulo que sigue, “Situación sociolingüística del mixe en San Lucas Camotlán”, tiene que ver con otra variante de la lengua mixe, esta vez de la comunidad de San Lucas Camotlán. Trujillo Tamez también realizó este estudio y los datos que presenta en él parecen ser más detallados que los del capítulo anterior. La autora usó también un cuestionario que aplicó a una muestra de 154 hablantes de la comunidad, pero en esta ocasión se presentan más respuestas libres en comparación con respuestas sencillas. Aunque San Lucas Camotlán es una de las comunidades más aisladas en la región mixe, se aprecia con todo un nivel de bilingüismo medio alto. Según los resultados del cuestionario, las presiones que favorecen el uso del español son las siguientes: medios de comunicación (radio y televisión que casi solamente se encuentran en español), participación gubernamental y educación. Por otra parte, las presiones que favorecen el uso del mixe provienen de los factores del menor grado de bilingüismo (hay una cantidad de personas mayores que hablan casi solamente mixe), el uso y la transmisión intergeneracional de la lengua y el uso de mixe en dominios particulares.

El cuarto capítulo del libro lleva por título “Resistencia y mantenimiento de la lengua p’urhépecha en Santa Fe de la Laguna, Michoacán” y es de la autoría de Gabriel Rico Lemus, quien aplicó un cuestionario oral en español a 458 personas de dicha población. Aquí solamente reporta los datos sobre el conocimiento de la lengua p’urhépecha y del español. Además, se realizaron entrevistas con dos personas (con cargos administrativos en la comunidad) sobre el uso del español y p’urhépecha en varios dominios de la comunidad y en torno a cómo está relacionado esto con sus propias historias personales, la sociedad y la cultura, y también las actitudes hacia el uso de lenguas. Todos los hablantes encuestados reportaron conocimiento de p’urhépecha y, al mismo tiempo, todos reconocieron tener por lo menos algún conocimiento de español (algo que hubiera sido obvio por el hecho de que el cuestionario se administró en español). Al final se muestra, usando extractos de las entrevistas, que en asuntos internos en las asambleas de la comu-

nidad se exige el uso de p'urhépecha y, según ambos hombres entrevistados, también se demanda el uso de p'urhépecha en la casa, en tanto el uso del español se restringe a la comunicación con personas de fuera. Con estas observaciones se indica que la mayoría de las presiones relacionadas con el uso de lenguas favorecen el uso de p'urhépecha sobre el español, salvo por las necesidades económicas que requieren el uso de este último en la comercialización de los productos de la comunidad.

El quinto capítulo es de Lourdes Neri: “El desplazamiento de la lengua totonaca en la comunidad de Mecapalapa, Pantepec, Puebla”. Se trata de una comunidad de hablantes descrita como de “tipo rural de fácil acceso”, según la clasificación en el primer capítulo del libro. La autora aplicó a 465 personas un cuestionario oral (seguramente en español, aunque no se dice explícitamente) sobre datos sociodemográficos y sobre el conocimiento y uso del totonaco y el español. El cuestionario se aplicó a niños de las dos primarias de la comunidad (una bilingüe y otra, no) se usa el formato de un censo, y se pregunta también sobre los miembros de la familia nuclear. Casi todos los encuestados reportaron hablar español. En comparación, 60% de los encuestados dijeron que no hablan totonaco (70% del grupo de jóvenes). Se puede apreciar que casi el único dominio en donde hay un espacio para el uso de totonaco se encuentra en el hogar, entre adultos y gente mayor. Por eso reporta Neri que el totonaco está altamente desplazado por el español. Sin embargo, no se presentan las razones de ello ni se da una explicación detallada de las presiones que podrían haber producido esta situación.

El capítulo que sigue corresponde a “La vitalidad del otomí en Santiago Mexquititlán, Querétaro”, escrito por Vera Bermeo. Este trabajo se enfoca principalmente en el uso del otomí (falta la autodenominación de esta variedad en el artículo) y del español, sobre todo en el dominio del hogar. La autora administró un cuestionario a 330 personas de la comunidad (supongo que en español y en forma oral). Un poco más de la mitad de los hablantes entrevistados señaló hablar otomí: se observa una tendencia a un mayor conocimiento de esa lengua entre personas de mayor edad y un menor conocimiento entre los de menor edad. Casi todos los hablantes reportaron hablar español y no es posible observar distinciones significativas entre los grupos de edad. Adicionalmente se puede notar una conexión entre el uso del otomí y el conocimiento de esta lengua en los datos del uso del otomí con miembros de la familia. La mayoría de las presiones, ambas externas e internas, favorecen el empleo del español.

El séptimo capítulo, “La situación del otomí de San Cristóbal Huichochitlán del Estado de México” es de la autoría de uno de los coordinadores del libro, Roland Terborg. Como el capítulo anterior, trata de una comunidad de hablantes de otomí (cuya autodenominación tampoco se indica). En comparación con la comunidad otomí estudiada previamente, caracterizada como rural de acceso fácil, en este caso se trata de lo que Terborg categoriza como una comunidad suburbana. Como en los estudios anteriores, se aplicó un cuestionario oral (supongo que en español) a 168 hablantes: este se enfocó en el conocimiento del español y del otomí y en cuál lengua se usa en el hogar con miembros de la familia de edades varias. Los hablantes con más de 41 años componen un grupo de nativohablantes, según Terborg, porque todos respondieron que sí usan el otomí, pero hay un menor conocimiento de la lengua en los grupos más jóvenes. Los datos que muestran un amplio desplazamiento frente al español corresponden al empleo del otomí en el hogar, según los adultos mayores de 40 años. Estos dicen usar poco el otomí con los niños y adolescentes en casa, en comparación con el uso casi total del otomí con personas mayores. Por este cambio tan conspicuo entre las generaciones y la transmisión de la lengua indígena, Terborg indica que si no se hacen esfuerzos de planeación lingüística se va a dejar de hablar otomí en esta comunidad.

El capítulo que sigue, “La vitalidad de la lengua náhuatl de Morelos: el caso de la comunidad de Xoxocotla”, fue escrito por Laura García Landa y Brenda Cantú Bolán. En él presentan datos que indican que en esta localidad, el uso del náhuatl está altamente desplazado por el español. Aplicaron un cuestionario oral (supongo que en español) a una muestra de 492 hablantes: el enfoque se centró en datos generales, escolaridad y el uso y conocimiento de español y náhuatl. Se aprecia que hay más conocimiento del náhuatl en los hablantes de mayor edad, en comparación con los hablantes menores. Los autores casi no encontraron ámbitos en los que se reportara usar solamente náhuatl y muy pocos en donde se emplearan ambas lenguas (el más alto resulta ser el ámbito de la familia cercana). Asimismo hallaron que una presión importante que está favoreciendo el uso del español tiene que ver con las necesidades básicas y la utilidad que presenta el conocimiento del español para el cumplimiento de estas. Aunque se puede ver una presión, mucho menos fuerte, asociada al valor cultural del náhuatl comparado con el español, esta no puede competir con la de cumplir las necesidades básicas, específicamente entre los hablantes más jóvenes.

El penúltimo capítulo es de Virna Velázquez y lleva por título “El desplazamiento del matlazinca en el Estado de México”. En este trabajo presenta datos obtenidos de la única comunidad de hablantes de matlazinca, los cuales vienen de un cuestionario enfocado en conocimiento y uso de esa lengua, dependiendo de factores de edad de ambos: el hablante y el interlocutor. Virna Velázquez aplicó este cuestionario en forma oral a 488 miembros de la comunidad (supongo, nuevamente, que en español). Se anota claramente en este capítulo que los datos presentados vienen de respuestas espontáneas y dependen de criterios personales, por lo que no representan una realidad absoluta. Con respecto a los resultados, vemos que el conocimiento y uso de matlazinca tiene una relación bastante fuerte con la edad del hablante y también con la del interlocutor (*i.e.*, los hablantes de mayor edad tienen un conocimiento superior de matlazinca y lo hablan más con personas mayores). Velázquez concluye que la muestra indica un grado de vitalidad de matlazinca de alrededor de 50% de la población. Asimismo, dado que tantos jóvenes no cuentan con la habilidad de hablarlo, la probabilidad de transferir la lengua a próximas generaciones es muy baja.

El último capítulo del libro, escrito por los coordinadores del mismo, Roland Terborg y Laura García Landa, se titula “La máxima facilidad compartida como presión determinante”. En él se comparan los datos de seis de los ocho estudios anteriores y se incluyen datos de nuevos trabajos, realizados recientemente por algunos colaboradores. Los datos de las investigaciones de García Landa y Cantú Bolán (del náhuatl de Xoxocotla) y Velázquez (del matlazinca) no se incluyeron porque estos autores variaron las preguntas del cuestionario. En comparación, los demás académicos usaron el mismo cuestionario para recolectar sus datos. Los estudios adicionales incluyen datos de dos comunidades más de hablantes de mixe, dos comunidades más de hablantes de otomí y cuatro comunidades de hablantes de maya yucateco. En resumen, lo que los autores muestran en este capítulo es una representación cuantitativa de la vitalidad de las lenguas abordadas en estos estudios. Para ello calculan la vitalidad de una lengua usando una fracción que contiene los valores de los datos reportados del conocimiento de los hablantes entrevistados. En la discusión de los resultados de vitalidad se atiende sobre todo al aspecto de la máxima facilidad compartida (concepto introducido en el primer capítulo para explicar o justificar la tendencia a usar una lengua en particular entre hablantes). Con respecto a los resultados, reportan que el p’urhépecha de Santa Fe de la Laguna y el mixe de Chuxnaban muestran una

vitalidad excepcional, con un valor de 100 en una escala de 0 a 100 (de no vital a vital). Esto tiene que ver con una resistencia a asimilarse totalmente en Santa Fe de la Laguna y a que “la máxima facilidad compartida” favorece el uso de mixe en Chuxnaban. La comparación entre las cuatro comunidades de hablantes de mixe muestra algunas diferencias entre ellas. Una que vale la pena resaltar es que, en comparación con las otras tres comunidades, en Guichicovi hay un menor conocimiento del mixe entre las generaciones más jóvenes. Terborg y García Landa sospechan que estas disparidades pueden ser motivadas por un cambio en la máxima facilidad compartida en algunas redes sociales. En las cuatro comunidades de hablantes de maya yucateco se ve una situación más o menos estable con respecto a la vitalidad, aunque en Tekom y Nabalám hay un descenso en el conocimiento/vitalidad del maya en la generación más joven. Los autores comparan a continuación las comunidades de hablantes de lenguas del centro del país, las cuales incluyen cuatro poblaciones donde se habla otomí y una donde se habla totonaco. Entre todas las lenguas indígenas estudiadas en el libro, es en estas comunidades del centro donde se puede observar el mayor avance del desplazamiento. En particular, se aprecia un descenso muy profundo en el conocimiento de la lengua indígena en la generación más joven, que llega hasta un valor menor a 40%. Los autores terminan el capítulo enfatizando que se debe sugerir la estimulación de presiones favorables al uso de las lenguas indígenas en México y, particularmente, las presiones que provienen de la facilidad compartida. Asimismo, insisten en que es posible tener una situación bilingüe sana donde la lengua indígena puede coincidir con la máxima facilidad compartida, como sucede en Santa Fe de la Laguna.

En resumen, hay que destacar que este es uno de los pocos libros en el mundo académico que tiene como su enfoque el estatus sociolingüístico (con énfasis en el conocimiento) de las lenguas indígenas de México. Trata de un área de mucho interés para los lingüistas; tal vez resulte interesante también para los mismos hablantes de las lenguas indígenas estudiadas y para otras partes interesadas, como los miembros de instituciones educativas del gobierno y del sector privado. Además, este volumen obliga a poner sobre la mesa el hecho de que hay lenguas indígenas en México que están en peligro de dejar de tener hablantes. Todo ello hace de este volumen un texto sin duda relevante. Sin embargo, justamente por la importancia del tema y dada la situación que predomina en el país con respecto al peligro que enfrentan las lenguas indígenas es muy importante

que este género de estudios, muy escasos en México, corresponda a trabajos rigurosos, con una factura y una metodología sin fallas, a fin de poder aprovecharlos al máximo. Desafortunadamente, en este libro se observan varios aspectos problemáticos en la metodología y la presentación de los resultados. En los siguientes párrafos pretendo abordarlos.

Los datos que presentan los autores provienen casi exclusivamente de cuestionarios orales, la mayoría aplicados en la lengua mayoritaria: español (excepto en el caso del mixe de Chuxnaban). El método de los autores del libro proviene de la escuela de la sociolingüística cuantitativa, en la que el investigador llega con un cuestionario fijo y lo aplica en un espacio determinado por él, con papel y pluma o con grabadora, lo cual —como bien se sabe—, puede causar problemas en la dinámica entre el investigador y el hablante (Pérez Báez, 2009). Además, todos los análisis dependen de datos auto-reportados, en otras palabras, se basan en la respuesta y el análisis metalingüísticos del hablante sobre su propia conducta o, en este caso, sobre su conocimiento y uso de la lengua indígena y del español. Aunque varios autores usaron datos del INEGI y de su propia observación relativos a información demográfica de la población y sus habitantes, muy pocos ofrecen datos cualitativos de observación de prácticas lingüísticas dentro de estas poblaciones o al interior de la casa de los hablantes, entre otros. En el artículo de Rico Lemus vemos datos de entrevistas más o menos libres solamente con dos hablantes de la comunidad (ambos de alto status sociopolítico y, por ello, de ninguna manera integrantes de una muestra aleatoria o representativa). Además, Rico Lemus entrevistó a los hablantes en español, aunque al final del libro reporta que el p'urhépecha de Santa Fe de la Laguna tiene una vitalidad con un valor de 100 (en una escala entre 0 y 100, con cien como el valor más alto).

Esta última observación respecto a las entrevistas con hablantes de p'urhépecha de Santa Fe de la Laguna tiene que ver con otro asunto. Como he mencionado, salvo el estudio del mixe de Chuxnaban, no vemos ninguna indicación de que los autores de los capítulos entrevistaran a los hablantes en la lengua indígena. Y no hay evidencia de que estos mismos investigadores realizaran entrevistas etnográficas, ni observaran a la comunidad o participaran en ella a fin de tener una idea más profunda de las variables socioculturales que pueden tener algún peso sobre el uso de la lengua indígena y el español. Temo que usar la lengua mayoritaria y aplicar un cuestionario fijo a mucha gente sin establecer una conexión más profunda con la comunidad pueda haber afectado los datos recolec-

tados. Los autores del libro, en su mayoría, no son parte de las comunidades del estudio, sino pertenecen al grupo mayoritario que habla español: este hecho puede influir en la conducta de los hablantes y en su forma de auto-reportarla en el cuestionario. Sería importante contar con datos etnográficos que puedan corroborar los datos elicitados con el cuestionario, para verificar lo que se está auto-reportando en él.

Además, el hecho de que los lingüistas visiten comunidades donde se hablan una lengua indígena pero manejen casi toda su investigación en español, recolecten datos con un cuestionario fijo (en español) y muy probablemente no vuelvan más a la comunidad, habla muy pobremente sobre su ideología lingüística con respecto al uso de la lengua indígena y los espacios posibles para emplearla. Los estudios que buscan identificar las presiones que favorecen el uso de la lengua indígena y el desplazamiento de la misma deberían manejarse desde una posición y en una forma que encarne las presiones favorables al uso de la lengua indígena, suponiendo que el investigador está interesado en la promoción de esas presiones favorables.

Un comentario final sobre los datos reportados y el análisis de los mismos tiene que ver con la falta de métodos estadísticos para valorar si las diferencias que presentan son o no significativas. Tampoco en el capítulo final se han utilizado métodos estadísticos de comparación de los datos cualitativos. No se indica qué diferencias entre los datos son significativas (como en la página 266, con respecto a los datos de mixe). En estudios futuros sería muy relevante emplear métodos estadísticos para poder reportar con confianza si las diferencias entre varios grupos de datos son significativas o no, específicamente si se toma en cuenta el tema del libro.

BIBLIOGRAFÍA

- PÉREZ BÁEZ, G. (2009). *Endangerment of a transnational language: The case of San Lucas Quiaviní Zapotec*. (Tesis doctoral, University at Buffalo, The State University of New York).
- TERBORG, R. (2006). La ecología de presiones en el desplazamiento de las lenguas indígenas por el español. Presentación de un modelo. *Forum: Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research* 7 (4): 39. [Versión electrónica. Consulta: 17 de enero de 2012 en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/167/373>].
- TERBORG, R. & L. GARCÍA LANDA (2006). Cómo los conceptos pueden influir en la planificación del lenguaje: la competencia y su impacto en las relaciones de poder y la desigualdad. En R.

Terborg & L. García Landa (comps.). *Los retos de la planificación del lenguaje en el siglo XXI* (pp. 39-54). México: Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras-Universidad Nacional Autónoma de México.